

ABANDONADOS EN LA PUERTA DE LA HISTORIA

SANDOR KOCSIS

“Primero cerrarán los ojos ante las imágenes, luego cerrarán los ojos ante la memoria, luego cerraran los ojos ante los hechos, y luego cerraran los ojos ante el contexto.”

Harun Farocki

LOS SIETE DOLORES DE LA VIRGEN ARMENIA¹

*Ahora, en este lugar, hay un hermoso parque, donde la gente como yo pasea a sus perros,
personas que no son reconocidas por la historia como por una madre sustituta*

TATEV CHAKHIAN

1

Me han golpeado tan fuerte que he olvidado un país.

Tan fuerte, que mi mirada desenfocada,
vuelve al lugar de lo que pudo haber sido.

¿Una alubia que graniza sobre una palma vacía?

¿Un pueblo tomado de los tobillos y sumergido

hasta volverse azul en el Éufrates?

Mis palmas despiden por separado

la dinastía de caballos ahorcados con carteles,

que reducen la palabra armenio

a la sílaba sorda de un disparo.

¹ El Genocidio Armenio, (1914-18) promovido y efectuado por el gobierno de Jóvenes Turcos del Imperio Otomano, fue un proceso en el que se buscó, mediante una campaña sistemática, exterminar y desplazar al pueblo armenio en una suerte de limpieza étnica y religiosa, que dejó entre 1 millón y millón y medio de víctimas. Se dice que alrededor de Der Zor se crearon campos de concentración donde miles refugiados armenios reubicados allí, después de dos primeras matanzas dentro del territorio turco, fueron forzados a marchar a través del desierto hasta morir, sin darles agua ni comida. A los que sobrevivían al viaje los apilaban en antiguos pozos petrolíferos y les prendían fuego. Muchas mujeres fueron forzadas a casarse con mercenarios persas para sobrevivir, teniendo incluso que convertirse al islam, siendo el pueblo armenio netamente cristiano desde el siglo IV D.C. Aún hoy el gobierno turco, junto a otros países europeos, niegan el Genocidio Armenio, alegando que se cometieron crímenes de ambas partes.

Me han golpeado tan fuerte que he olvidado el nombre de mi hijo.

Mi hijo, una toalla que el fuego usa para secar su piel.

Su cuerpo, un alfabeto de hematomas

que solo la muerte logra leer sin cerrar el párpado.

Con ira veo en su ojo, como una ciudad de nieve se derrumba.

Con ira, disperso sus brazos sobre cada línea del Corán.

Me han golpeado tan fuerte que he olvidado el color de mi madre.

Una fotocopia cristiana de la mujer hebrea,

a la que se le vio tragarse su propio cabello por amor a *Allah*.

Dios mismo agarró los huesos de su columna

para rezar un rosario dentro de ella.

Veo su cara recostada contra el marco de una puerta.

Veo su mentón dibujado por un artista que no sabe

dónde termina el rostro y dónde comienza el cuerpo.

Me han golpeado tan fuerte que he olvidado la voz de mis amigos.

Cada uno duerme con las manos sobre su garganta,

para sellar una posible entrada

en la puerta oculta de su lengua.

Por temor a perder el habla,
cada uno duerme con las manos sobre su garganta.
El habla, ese cuerpo extraño dentro del silencio.
Y cada herida de bala,
el ojo abierto de un profeta,
por donde un ángel en llamas
sopla.

2

Recuerdo a mis padres. Sus manos limando los ojos encogidos del abuelo. Ojos enchapados en cristal blanco de 1879, donde una generación convertida en muñecos de nieve parecía descansar. Recuerdo el silencio de mis padres oscureciendo cada palabra que salía de la radio. El balbuceo en tono bíblico de sus labios deformados por el idioma apolillado de sus verdugos. Recuerdo mis brazos manchados por el sonido de la estática. La cabeza de mi abuelo girando bajo el cuchillo. Dejando caer un hilo rojinegro sobre el piso embaldosado. La cabeza del armenio girando bajo el cuchillo. Su quejido coagulándose hasta formar un charco de mariquitas sobre el ruido blanco.

Cuando con delicadeza, mis padres escucharon los decibelios que goteaban por sus manos. Sus dedos, largos como antenas radiales, se hundieron en la silueta de plomo de una vieja fotografía, buscando del otro lado el rostro agrietado del abuelo. ¿Qué eres abuelo? ¿Lo audible que se quiebra bajo el párpado? ¿O el país lechoso que me mira desde un atlas? Solo la estrella rota de tu vista lo sabe. Eres la Belén que persigo, desde el fondo de mi cuerpo maltratado por la gramática inglesa. Veo la escritura de tus huesos abuelo, brillar como antenas espaciales. Veo la cabeza del bárbaro girando bajo el cuchillo. Y porque a ese quejido, mis padres decidieron llamarlo música.

3

Hace cuánto que la muerte cantó en los tejados de Constantinopla.

Hace cuánto un pulgar envuelto en seda y del tamaño de un caballo

firmó un tratado de paz en nuestro cuerpo.

Azul era su canto y el relincho de cada

dedo puesto en oración sobre una pincelada de tierra.

Azul la sinfonía rocosa de Garní llorada por el costado del *Mesías*.

Azul la línea de tiempo de un país amarrado a cada palo de tortura.

Azul los brazos que fingen no recordar el mar

ante el primer indicio de articulación vocal

en la garganta del ahogado.

Azul la franja central de la bandera armenia.

Azul el color del pecado

en la mejilla maquillada por el dedo encendido del islam.

El dedo que dice *tú*

y hace de la lengua una sogá donde apoyar la jerga cristiana.

La jerga que bautizó con vodka de moras el labio hinchado de la abuela.

La abuela que había herido con su cabello la espalda del Éufrates

hundió la punta de éste, como un pincel en la mejilla abierta de su padre,

y procuró estregar las delgadas vías que salían de su boca y ojos,

para borrar las líneas que expresaban felicidad en su cara.

Su cara dividida entre los pliegues del azul
sabe la razón por la que sus rodillas declinan en los baños públicos.
Sabe porque la mano tiembla cuando siente de cerca un crucifijo,
y porque en los ojos de nuestra familia la muerte viaja más rápido que la luz.
El llanto es una polilla posada en su rostro,
una frase oscura en mitad de una página escrita en una vieja lengua,
y clavada hace once décadas sobre una cruz de tres brazos.
Su lengua, mi lengua, nuestra lengua,
un badajo donde *Dios* escucha
el silencio de la Creación
fracturarse
en treinta y seis sonidos
diferentes

4

Pondremos los dedos sobre el violín una vez las cuerdas hayan sangrado,
una vez la música migratoria de los gansos se haya secado

en los brazos de los cazadores. Escribiremos sobre la hoja negra del cuchillo,
testamentos en verso con la punta encendida de nuestros cigarros,

una vez las mujeres de Van dejen de tejer la mirada del agua
en los párpados caídos de sus hijos. Dejaremos que sobre un lienzo de carne

la mano lllore y reproduzca la gramática que el intenso rojo de los escorpiones voladores
compone a la belleza destruida, una vez los hombres

que arrodillaron sus dedos sobre nuestras gargantas para medir la palabra *Dios*,
se hundan hasta las caderas en el desierto de acero

que el conteo de nuestros pasos ha forjado. ¿Es posible convertir el plomo en oro?
¿Es posible señalar el índice del sultán como mártir?

En Der Zor cada pulmón es un arca

donde el aire se acuesta como una muchacha somnolienta.

En Der Zor, mojada de oscuridad, nuestra ropa huele todavía a calabaza.

Tiras de calabaza con las que pintaron líneas de tránsito

para futuras carreteras. Tiras de calabaza que sirvieron de gasa

para las siguientes generaciones turcas,

que usaron el lenguaje corporal para estirar la continuidad

de su mentira. ¿En qué momento la alabanza

huyó de las basílicas para convertirse en canto nómada?

¿En qué momento el cabello de nuestras abuelas

se tendió hacia sonido púrpura del fuego? Ahogados entre la grasa

que desprende nuestra cara. Y el guiso endurecido de nuestra propia sangre

embadurnando las cúpulas de las mezquitas. Aprendimos a contemplar una hoguera,

siendo devorados por la sombra de las llamas.

5

Ni siquiera *Dios* sabe cómo sobrevivimos,
con las manos detrás de la cabeza
y los pies ennegrecidos
por el empecinado dictado de las varas.

Ni siquiera tú sabes en qué momento
el rostro de tu madre se encogió en tu mano,
en qué momento,
el Patriarca vaticinó en decir
qué cielo de color granito
debía romperse en nuestra lengua
para que pudiéramos nacer.

¿Estabas ahí
cuando vendieron el canto de las niñas
en bolsas de detergente,
ahí cuando nos dijeron:
*quien use zapatos de nieve
no perderá sus pies en el desierto?*

Aquel verano supiste que la bala es un hijo para el rostro,
un hijo que balbucea en posición de súplica la oración del invasor.
Aquel verano el silencio que narró
el paso de la sangre de una generación a otra,
decidió hablarte de la inexistencia del cielo en tu cuerpo,
y entendiste que
a quienes negaron experimentar otra forma de muerte en la caricia,
los diferenciaban por la historia de su piel y el largo de sus cuellos.

Entendiste que no se puede transmitir el dolor de perder un país
hasta que tu lengua no se hiera de peinar cada sílaba turca.
hasta que tu pecho no sea más ese armario vacío
donde cuelgas de rodillas la bandera.

Nuestra bandera
-para siempre-
un racimo de manos extendidas
en busca del idioma derretido
que dio nombre a nuestro pueblo.

6

Cuando los críticos literarios se conviertan en senadores

abolirán la palabra *muerte* de los diccionarios,

por provocar manchas en la piel de quien las pronuncia

y prender la pupila de *Dios*

como si fuera una mariquita.

Hay que gobernar con delicadeza, dicen,

por eso se regula el consumo de poesía

y se usan sus páginas para envolver el tabaco

que encenderán presidentes de naciones extranjeras.

No se sorprenda sí el verso blanco huele a niña

encontrada después de siete meses bajo el brazo paternal del río,

y los poetas que, ingenuamente intentan sustituir la casida por el soneto,

descubren que el árabe se ha comido la mitad de sus mejillas.

Cuando los críticos literarios se conviertan en senadores

decretarán siete días de silencio,

para cambiar secretamente en la constitución la definición de *genocidio*

por *pequeña turbación de los derechos humanos*.

Y hablarán,

hablarán con su camada de amantes sobre la necesidad de leyes

contra poetas migrantes,
hasta convertir sus teléfonos en prisiones de alta seguridad,
hasta crear mecanismos que permitan
a las pantallas
mudar de piel en nuestros cuerpos.

Cuando los críticos literarios se conviertan en senadores
acusarán a los filólogos de pirómanos,
arreglándoles penas de hasta 40 años
por incinerar sus propias camas para poder comer.

La *Virgen María* será declarada enemiga del pueblo,
y sobre una falange negra colgará
-derrotada-
la bandera de la paz.

7

El cabello de una mujer se quema
como un zapato de cuero negro en un archivo de memoria histórica.
Histórica la mujer que presagió sin un solo tiro de gracia
la independencia de un país
gobernado
desde la suavidad de una cuna.

Una mujer declarada patrimonio cultural
y acusada de traición tres años más tarde
por el partido de gobierno,
pues llevaba en su cuello un tatuaje
referente al genocidio
sin apenas preocupación
por la sensibilidad musulmana.

La mujer para tener conocimiento de su pasado
pasa sus dedos por cada fotograma del territorio turco,
y llueve
sobre la silueta de un país
que no escribirá hoy un evangelio de perdón
en la ciruela reventada que le quedó por labio.

Recuerda que su papel de Medea
no fue bien recibido por la política exterior
que la calificó de hipócrita
por sumirse a los deseos de limpieza étnica del sultán.

Aquel que cuando el Éufrates lloró sangre dijo:

Nadie deja descansar su nudillo sobre un río a menos que quiera enrojecerlo.

Horas más tarde la mujer detuvo su índice en una imagen
donde niñas la saludaban con sus burkas al viento.
Recuerda cuando un ramo de polillas blancas vino a relevar su pelo.
Cuando la lágrima se convirtió en unidad de medida para tallar al río.
Y el día en que se quemó una pila de camándulas en la plaza pública
para alabar las directrices de gobierno.

Recuerda que
para evitar la proliferación de nuevos profetas
los sacerdotes pasaron a encabezar
las listas de los más buscados
y los niños de todas las escuelas delataron a sus compañeros
o pintaron como muflones crucificados en las puertas de sus casas.

Con un cabello de dinamita a punto de encender su boca,
la mujer olvida el día en que envejecer pasó a ser un privilegio.
La mujer que para maquillar la verdad
deja caer sus hombros en el falso idioma de la lluvia.
La lluvia como forma de negación
dialoga con los brazos que acunan oscuridad.
La lluvia como forma de negación
hace curaduría en la galería de arte
en que se ha convertido
la memoria.

MADRES DE CALAMA

vi. Nosotros seremos entonces la Corona de Espinas del Desierto

RAÚL ZURITA

¿Qué viento del norte mantiene nuestros ojos enterrados en la arena?

¿Qué astro enciende su linterna en la habitación oscura de nuestro pecho?

En Atacama, el corazón de una madre es una caracola que ha cesado de cantar,
una granada que otra mano en el aire sin querer sostiene.

Aquí, se está tan dentro de la noche como dentro de la madre,
y la memoria se abre como un copihue
que ha manchado de rosa las mejillas de Chile.

*Aquí, me crece un hijo en cada herida, dice doña Pía,
en cada diente que perdí pronunciando su nombre.*

*Ahora, su retrato es una baldosa amarilla
que el silencio de una madre no se atreve a pisar.*

*Un día los labios silban una canción de cuna
para un oído que acaba de nacer,
y al otro, eres capaz de intercambiar agua del mar
por una gota de sangre acurrucada en el cuello de tu hijo.*

*Nuestras manos cubiertas de cobre
partieron en busca de sus rostros hace cuarenta y cinco años,
cuando el calor de Atacama era secreto de Estado
y arriba la luna era una pandereta de hielo atizada por manos militares.*

*No lloro por la piel que arde bajo la suela de mi zapato,
pues tu cuerpo se endurece con mi llanto,
Hijo, un siglo de calor no compensará
un minuto de frío en los huesos de tu madre.
He matado la primavera bajo mis pestañas
y escarbado hasta dejar negra la larga sonrisa de la llanura
para encontrarte.*

Cada mujer tiene un desierto gritando en su cuerpo.

*Cada mujer canta como una flor desesperada
ante la mano que viene a remover su tallo.*

Remoción de tierra: es otra manera de llamar a la soledad de una madre.

Mientras, los cantos de las mujeres de mi país
se convierten de a poco en heno para alimentar la luna,
en cuentos de hadas heridos por los bastones fríos de la lluvia;
nosotras, con los ojos aferrados a las nubes
nos desprendemos de nuestras oraciones,
y caminamos por un suelo invisible
sintiendo el peso del mundo
en las rodillas.

SREBRENICA, 1995

1

La muerte apaga la vida en el ojo de Herzegovina.

Un himno se escucha en el corazón del viento,

un himno que las naciones unidas entonan,

mientras el silencio se repliega

en botas y mangas manchadas

con el último sudor de nuestros hijos.

Avergonzados y de rodillas en el campo de tiro,

el alma

es solo nuestra.

En nuestros ojos la muerte entra descalza y en nuestra lengua,

donde a balazos *Dios* talla su nombre,

cruzada de piernas

la muerte se dispone a recitar una oración.

Nuestra vida es un diamante azul

un diamante en el dedo tembloroso de Serbia.

Aquel dedo que apuntó a nuestra cara y disparó,

nos mira hoy con ira

y barre con rastrillos nuestra sangre.

Un diamante, la forma del país que defiende,
mientras los dragones de acero
soplan fuego a nuestras casas.

Un diamante, negro como el infierno canta el Corán
en la mezquita que arde bajo nuestros párpados.
Bosnia es una niña martillando la piedra de la noche.
Bosnia es una niña enamorada de la tarde
que guarda luto con un vestido púrpura en su mano.

La Tierra pronuncia un discurso de paz
que solo los muertos en los camiones oyen.

2

Pedimos deseos en la boca de los morteros.

¿Era su luz que nos envolvía de *Gracia*,

o el rostro del hijo de Abraham

ardiendo cuatro milenios en nuestra sangre?

Un rifle chillaba en la cabeza de Sarajevo,

mientras un silencio viajaba por su cuerpo con un globo azul en la mano.

Las patrullas serbias eran pedazos de oscuridad brillando bajo la nieve,

y el sol era un ramo de flores amarillas ardiendo en la superficie del río.

Europa firmó sobre la frente de los ciudadanos su propia acta de defunción,

mientras la piel de los cascos azules destellaba como oro

en los refugios concertados.

Nuestros labios protestaron,

balbuceando un idioma enterrado por siglos en las costas del Adriático,

incluso los árboles arremangaron sus hojas en posición de súplica,

pero nadie los escuchó.

Pues en la oración de los gigantes

no hubo una sola vela que no fuera mordisqueada,

y el sabor de la cera endureciéndose en sus bocas,

les recordaría que Bosnia fue aquella llama

que dejaron a expensas bajo el puño negro de la noche.

El aliento de Mahoma en Srebrenica

agonizó en las últimas rendijas del aire,

donde, bebiendo de la quietud del mar

los aviones de la OTAN

se quedaban varados en el cielo.

3

Nadie suavizará nuestro camino

dijo el niño con ojos almendrados

a quien la luz de una bomba había rociado con fuego.

Afuera, una melodía negra escapaba de su boca,

mientras los sobrevivientes,

que vieron caer su cuerpo como un pequeño árbol

en mitad de los escombros,

escribían en las piedras una canción

para alabar a sus muertos:

Solo lo que ha sido dejado

dice la verdad y sólo lo que está herido siente

recitaron todos dentro de su cuerpo.

¿Eres tú? dijo el niño

y mientras pronunciaba estas palabras

una mujer se arrodilló en sus labios.

¿Eres tú? repitió.

Soy yo, dijo ella

la luna esclava

lavando su luz

entre los lirios.

LA NIÑA DE GAZA²

Esa niña tiene una bola de arena por corazón,
y en su cabeza un sonido de granizo
cayendo con pedazos de cielo en la memoria.

Esa niña no sabe que su país está en guerra.

Esa niña no sabe qué va a morir por un acorazado.

Rota, como una ciudad manando en mitad de la calle

no sabe que los niños con caparazón de tortuga en sus cabezas
lavarán sus pies en ella
y bailarán toda la noche hasta desaparecerla.

Todavía se introduce los dedos en el oído

y corre sin ropa por las playas

cantando canciones que su madre le recita antes de dormir.

² «The murder of Huda Ghalia's entire family 2006»:
<https://www.youtube.com/watch?v=aEwEjgXTsOk>

Su padre, que se dedica a la remoción de escombros
la llena de cosquillas antes de irse a trabajar,
y habla de poesía hasta hacer roncar las paredes.

Esa niña no sabe qué es un acorazado,
pero ha visto la muerte en los ojos de su perro.

Calla y entiende, se dice a sí misma,
cuando ve a una flor inclinarse en oración sobre la tierra.

Esa niña no sabe que el torso de Palestina hiede a pólvora,
ni por qué su madre llora frente al televisor
cuando transmiten en silencio las noticias.

Esa niña cree que la noche es una enorme tina
llenada durante las doce horas del día con jarras de leche negra,
por los soldados que ve correr tras su ventana.

Esa niña no sabe que sus piernas
quedarán enterradas como tuberías
en el suelo donde se amaron sus padres.

Ella agarra la falda de su madre como un ala de mariposa
y la aprieta fuerte contra su pecho
como si supiera que va a morir.

Esa niña conoce el temor de perder el habla,
mas no sabe que en una camilla de aire
será transportada su última oración.

Esa niña tal vez intuya que el fuego que emiten los acorazados
madurará bajo sus pestañas,
aunque a duras penas sepa contar hasta diez.

No sabe que *Dios* usará una parra oscura para pintar sus labios,
aunque crea que él duerme en el cuerpo de las moscas,
aunque crea que la vigila cuando ella hace gestos a la luna en la madrugada.

El acorazado pasa frente a la casa de la niña,
riega sus semillas,
la madre ha dejado de cantar,
el padre no se mueve
y la poesía salpica los tejados.

¿Será de esa niña el rostro que se fractura de luz como una cáscara de nuez?

Un cangrejo del color de las piedras que fundaron Gaza

devora las hojas y el lóbulo del oído,

que no escucha más la respiración de su madre al otro lado del mar.

Esa niña no sabe que muere,

pero siente a mil pájaros mudar de piel dentro de su pecho.

No sabe

que el tono rosado de la mañana,

y el tono rosado de un par de flores,

y el tono rosado de la cola mojada del salmón,

desalojará para siempre sus mejillas.